

El Golpe de Estado del general Melo

Segunda Entrega

✦ Por Brigadier General Gabriel Puyana García

El alzamiento

En Reminiscencias, una amena crónica de Juan Francisco Ortiz, se narra cómo ocurrieron los hechos desde la víspera cuando con el vicepresidente Obaldía, fueron a visitar al general presidente. Cuenta que durante la velada, a doña Timotea Carvajal, la primera dama, se le cayó, o ella dejó caer intencionalmente, una cinta que tenía envuelta en la mano la cual llevaba un letrero que fue leído en voz alta por el arzobispo Antonio Herrán, que se encontraba presente; la cinta decía: *"mueran los gólgotas y abajo los monopolios"*.

A las nueve de la noche, a instancias del presidente, Ortiz regresó a palacio para tomar el té y encontró que estaban en la mesa unas diez personas. Tras un tropel de caballos que se sintió en el patio, apareció el general Melo que venía seguido por su escolta. Después de unos minutos Obando se levantó y con Melo se dispuso a pasear la galería de "Las Musas" para hablar a solas. Como la conversación se alargaba, y por encontrar que sería una imprudencia interrumpir, Ortiz se retiró, mientras los dos jefes continuaban hablando en secreto. Bien valdría preguntarse qué asuntos hablarían estos dos amigos.

Según relato de Juan Jesús Gutiérrez, quien era el coronel de regimiento, Melo, al regresar de palacio, ya entrada la noche, le ordenó tocar la botasilla y cuando se le presentó para informarle que los caballos estaban listos, encontró que Melo había permanecido sentado en un banco, cabizbajo y pensativo, hasta que a las 11:30 de la noche, le dio la orden de hacer montar y salir hacia la plaza de San Francisco.





• General José María Melo

«El general montó en su famoso zaino y se dirigió con ellos a la Plaza de Bolívar. Algunos de los democráticos que habían recogido armas en el parque también formaron, y entonces Melo, irguiéndose sobre su silla, gritó: ¡abajo los Gólgotas! Tronó el cañón, la banda tocó un alegre bambuco y, así, sin derramarse una sola gota de sangre, se consumó la revolución del 17 de abril».

El general montó en su famoso zaino y se dirigió con ellos a la Plaza de Bolívar. Algunos de los democráticos que habían recogido armas en el parque también formaron, y entonces Melo, irguiéndose sobre su silla, gritó: ¡abajo los Gólgotas! Tronó el cañón, la banda tocó un alegre bambuco y, así, sin derramarse una sola gota de sangre, se consumó la revolución del 17 de abril.

El 17 en la mañana, Melo envió a Obando emisarios para ofrecerle el mando supremo del movimiento, pero éste se rehusó a aceptarlo y entonces Melo ordenó su detención, y proclamado por el ejército, asumió la dictadura.



• General Obando

La actitud de Obando

Durante mucho tiempo historiadores y cronistas de diferentes épocas, han tratado de explicar el por qué de la actitud de Obando, pues como militar curtido que era, resultaba incomprendible que hubiera optado por la inacción, lo único que no ha debido hacer.

Carlos Lozano y Lozano, en su discurso de posesión como Miembro de Número de la Academia Colombiana de Historia, expresó en uno de los apartes de su intervención:

“...él, Obando, en la intimidad de su conciencia, indudablemente pensó que sólo una revolución podía salvar al país de la anarquía, al régimen liberal de la caída, a sus amigos del desastre. Pero Obando había sido siempre enemigo de las dictaduras y había jurado cumplir la Constitución y hacerla respetar. No aceptaba la posibilidad de pasar a la historia como un traidor a sus ideas, ni cometer la indignidad de violar su juramento, presentándose como un hombre escrupuloso, incapaz de defraudar la expectativa de la confianza pública.

“Permaneció entonces confuso e indeciso, mientras aumentaba el malestar en toda la nación y soplaban los vientos encontrados de la inconformidad, cuando el general Melo lo sorprendió con el atentado del 17 de abril, sorpresa muy po-

co posible dados los pormenores que ya fueron narrados. Creyó, por un lamentable extravío de criterio, que nacía de sus largas ansiedades y contradicciones mentales interiores, que se salvaba su dignidad de magistrado y respaldaba la palabra empeñada, sumiéndose en la quietud, aunque como lo dijo más tarde, estaba seguro de que el primer cañonazo de los rebeldes, marcaría el último segundo de su vida pública”.

Elocuente la disertación del Dr. Lozano pero no convincente, pues si Obando había llegado a pensar que la revolución era el único camino para salvar a la República de la anarquía, no ha debido detenerse en prejuicios sobre su tradición, ni sobre sus juramentos, porque la vida de la nación y la supervivencia de la patria, jamás deben balancearse con ninguna otra consideración y menos de carácter personal, y

Así, desde los confines de la patria, se organiza la reacción contra el militar usurpador: tres ex presidentes de la república se unen para acabar con el dictador que ha osado entrar en la zona vedada que no admiten compartir con nadie. En Nueva York, Tomás Cipriano de Mosquera compra armas, avalándolas con su propio peculio, y regresa al país para defender la legitimidad y unirse a José Hilario López y a Pedro Alcántara Herrán. El partido conservador, olvidándose de que el gobierno de López lo había derrotado con las armas, ahora se confabula con el liberalismo, su adversario tradicional, en esta lucha que compromete a las élites políticas de la Nueva Granada. La consigna es clara: ¡hay que restaurar la legalidad! Es un adelanto de los acuerdos de Sitges y de Benidorm, que ocurrirán un siglo más tarde.

Don Juan Francisco Ortiz escribirá tiempo después estas reflexiones que siguen teniendo vigencia :

“Quién había de pensar en 1854 que en pos de la revolución del 17 de abril vendría otra más ominosa, y que los que más la condenaban como un parto del infierno, como el suceso más escandaloso y horrendo que se había visto bajo el sol , confesarían después a boca llena que Melo, comparado con los hombres de 1861, es decir, con Mosquera, era un santo!

La contienda

Melo en corto tiempo comete desaciertos políticos y estratégicos. Halagado por el respaldo que inicialmente recibe de diferentes regiones del país, piensa que la revolución debe expandirse desde la periferia hacia el centro y no en sentido contrario, como ha debido hacerse, y de ahí que se estacione en la Sabana; cometiendo además el error de no apoderarse de Honda que era la llave de la capital por su salida al río Magdalena, por donde entraba al centro del país la mayor parte de los recursos, así como las columnas enemigas que marcharían a combatirle.

Al principio la revolución obtiene algunos éxitos, como fueron los combates de Zipaquirá y Tíquiza, en los cuales las tropas melistas vencen al ejército “restaurador” que a marchas forzadas trata de organizar el general Tomás Herrera; segundo designado que, con prontitud y decisión, dirige las operaciones desde Chocontá. En el combate de Zipaquirá perece el general Franco y en un gesto de grandeza, Melo recoge su cadáver, lo entierra con los máximos honores militares y decreta una pensión vitalicia para la viuda y el hijo de su adversario.

Pero si este rasgo es extraño en un dictador, más sorprendente y admirable fue su proceder con el coronel Lorenzo González, su encarnizado enemigo, quien como Alcalde de Bogotá, quiso hacer cambiar la declaración del ya moribundo Cabo Quirós, para hundirlo en la ignominia de un crimen que no había cometido. Cuando producido el golpe González es llevado a su presencia, Melo dispone con una magnanimidad exagerada que se le deje en libertad. De ahí que personajes como Aníbal Galindo, quien empuñara las armas en su contra, diría más tarde que “Melo fue uno de los más distinguidos oficiales de la independencia, soldado de oficio y militar de honor”.

▪ General Tomás Cipriano de Mosquera



▪ Pedro Alcántara Herrán



▪ José Hilario López

« En el combate de Zipaquirá perece el general Franco, y en un gesto de grandeza, Melo recoge su cadáver, lo entierra con los máximos honores militares y decreta una pensión vitalicia para la viuda y el hijo de su adversario».

Hacia finales del año la guerra empieza a aproximarse a su fin. En los últimos días de noviembre los ejércitos avanzan por las planicies de la Sabana y el cuatro de diciembre, después de los combates de Bosa y de las Cruces, ante la superioridad de las columnas de Mosquera, López y Herrán, Melo es reducido a las fortificaciones que había preparado en la ciudad, pero para ahorrar muertes inútiles, iza bandera blanca.

En la plaza de San Francisco se abrazan los tres expresidentes triunfantes; sólo tienen que lamentar la muerte del general Tomás Herrera quien valerosamente cae en la acción. La victoria pareció ser de los defensores de la legitimidad, pero si restaurar ésta hubiera sido el verdadero fin de la lucha, se hubiera abierto para el país un horizonte de paz y de progreso que nunca llegó, por lo cual este triunfo no lo fue tanto de la legalidad, sino de los caudillos de las élites conservadoras y liberales, que tras un breve receso, nuevamente movidos por apetencias, no sólo de partido o de grupo, sino también de índole personal causadas por intereses de orden económico, volverían a prolongar el interminable

víacrucis que ha venido padeciendo la patria. Melo, el usurpador, como se le seguirá llamando, es detenido y se inicia un proceso contra los inculpa-dos. También el gran caudillo popular y extraordinario jefe militar, el general José María Obando, convertido en chivo expiatorio, es juzgado y condenado por el Senado.

Casi un año después, Melo es expulsado del país y el 3 de octubre sale de Santa Marta a bordo del vapor Clyde en dirección a Costa Rica. Un buen número de artesanos, activistas de las sociedades democráticas es conducido a Panamá y expatriado sin previo juicio.

El exilio y... su final

Melo aceptó su destino y esperó que lo juzgaran, y al verse obligado a dejar su país, orgulloso de lo que habían sido sus brillantes servicios a la independencia de América, se decidió a continuar haciendo, bajo otros cielos, lo que mejor sabía hacer como militar profesional en defensa de los pueblos recién liberados del despotismo español.

Los primeros años de su ostracismo los pasó en Costa Rica y a principios de 1859 llegó al Salvador, donde el presidente, general Gerardo Barrios, lo acogió con especial consideración y lo nombró Inspector General del Ejército. Desde el primer momento sus gestiones se orientaron a mejorar las lamentables condiciones en que

«Melo aceptó su destino y esperó que lo juzgaran, y al verse obligado a dejar su país, orgulloso de lo que habían sido sus brillantes servicios a la independencia de América, se decidió a continuar haciendo, bajo otros cielos, lo que mejor sabía hacer como militar profesional en defensa de los pueblos recién liberados del despotismo español».



vivían las tropas, disponiendo diversas medidas en su beneficio, como las de proveer de cama a los soldados; fue además el fundador de la Escuela Militar de oficiales de ese país, donde se destacó como excelente organizador militar.

El 15 de septiembre le correspondió organizar un gran desfile en el que tomaron parte diez mil hombres. El 3 de Octubre al festejarse el natalicio del presidente Barrios, en el momento del brindis, Melo que era abstemio levantó la copa en honor del agasajado, pero dejó de tomarla, incidente que fue aprovechado por quienes se habían sentido desplazados por el "Granadino" y que al indisponerlo con el mandatario, por su temperamento orgulloso, propio de su dignidad muchas veces demostrada, lo llevó a dimitir su cargo.

Entonces se dirigió a México, al Estado de Chiapas, para ir a ofrecer sus servicios al presidente Benito Juárez. Infortunadamente, resultó envuelto en las escisiones que surgieron entre las mismas tropas mexicanas y estando a órdenes del general Comonfort, quien le había reconocido su grado de general, fue calumniado, sindicándosele de estar en tratos con el enemigo, y dicho general, de modo arbitrio y sin fórmula de juicio, ordenó pasarlo por las armas, lo cual se cumplió el 1 de Junio de 1860 en un convento de la Juncana. Así terminó esta vida heroica que fue signada por la fatalidad.

Para no ignorar

- El Golpe del 17 de abril no fue un simple motín de cuartel, por cuanto lo favoreció la opinión de los liberales en general y de muchos conservadores.
- A pesar de su condición de dictador, Melo fue un mandatario honesto y pulcro, que nunca abusó del mando para enriquecerse, ni para acaparar tierras, ni ganados, ni para atesorar dineros que después pudiera disfrutar al ser extraño por su patria.
- De sus proclamas quedaron frases que merecen el reconocimiento de su gallardía, como la siguiente: *"aquellos que se llaman vuestros enemigos, son vuestros hermanos extraviados por unos pocos, que más tarde quedarán completamente arrepentidos. Yo os recomiendo que de vuestros labios, no salga ni una sola palabra para degradarles"*.
- De los generales de la guerra magna ninguno como Melo supo cumplir e interpretar cabalmente la consigna que Bolívar le diera a los soldados al pronunciar su última proclama: *"...y los militares, poniendo sus espadas al servicio de las garantías sociales"*, porque esa y no otra, fue la razón que lo llevó a actuar en contra del Congreso que quería acabar con el ejército y legislar a favor de los poderosos en contra de

las clases populares. Nunca como entonces se cumplió la simbiosis entre el pueblo y los hombres de armas en pro de una misma causa.

- Melo, al ser abandonado por muchos de sus seguidores, entre ellos por el propio presidente Obando, que a última hora se arrepintió de acaudillar el alzamiento en contra de quienes lanzaban vivas a la Constitución de 1853 y propugnaban por su defensa, no obstante haber sido los mismos que no se habían cansado de violarla, no tuvo otra alternativa que asumir la defensa de su pueblo, personalizado en los artesanos y en los hombres de armas que estaban bajo su mando.

Palabras finales

Como soldado y general de caballería Melo vivió tres pasiones intensas: su amor por la libertad; por su espada, como símbolo de su ejército que le dio la gloria en los campos de batalla y por sus caballos, que como jinete valeroso y diestro, supo valorar como nobles compañeros de sus jornadas heroicas, haciéndole sentir aquello de que sólo es completo el hombre cuando a caballo va!

Por eso el 4 de diciembre de 1854, cuando vio perdidas sus esperanzas, él, que había cifrado su orgullo en cabalgar los mejores caballos de la Sabana, con paso firme y resuelto, se dirigió a donde se encontraban estos, sus amigos leales y antes de que pudieran caer en manos de sus adversarios, sacrificó con su propia mano a sus compañeros de campaña.

Ese gesto, digno de romanos, fue lo primero que supe en mi vida del general Melo, cuando siendo niño, cabalgando con mi padre por los cerros circundantes de Bucaramanga me hablaba de este general y me recitaba un soneto de su autoría que escribió en homenaje a este recio caudillo, a quien su abuelo, Miguel Troncoso, Coronel de la independencia, secundó en su campaña por Santander como uno de los jefes de las tropas melistas que adhirieron a su causa, en la certeza de que se luchaba por el ejército y por el pueblo, bajo una misma bandera. ✎

A LOS CABALLOS DE MELO

I

*Rugía la metralla en la plaza mayor
Y el cerco se cerraba a cada instante más;
Todo estaba perdido y pronto el dictador
En lo alto del palacio clavó enseña de paz.*

II

*Hermanados ahora en idéntico ardor
Los viejos enemigos, entre sí...ayer no más;
Más se despediría con gesto de señor
Y con el sellaría su aventura fugaz.*

III

*Que se lleven todo, menos a los que han sido
Los únicos amigos fieles, que le han servido
Sin esos desalientos cobardes de vasallos...*

IV

*No tendrán otro dueño en su febril carrera.
Y solo y arrogante bajó a la pesebrera,
Y mató por sí mismo, sus mejores caballos*

Luis Ernesto Puyana

